



Gustavo Martín  
Garzo La rama que  
no existe

DESTINO

La rama  
que no existe

Gustavo  
Martín Garzo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1466

© Gustavo Martín Garzo, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-233-5552-5

Depósito legal: B. 6.593-2019

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

Conocí a Eduardo Blanchard en un tiempo ya remoto de mi vida. Vivía en una casa solitaria en Caviedes, una pequeña población situada en la comarca de la Costa Occidental de Cantabria. Fue Claudia Serra, una amiga de entonces, quien me lo presentó una tarde en que paseábamos por la pequeña carretera que lleva a Rioturbio. Era un día claro y, en la distancia, se veía el edificio modernista de la Universidad de Comillas y, más al fondo, el mar. Caminando por esa carretera, en dirección contraria a la nuestra, vimos aparecer a un hombre. Claudia y él se conocían y, después de saludarla con un beso, se rio de las sucesivas prendas que llevaba puestas a causa de la humedad. Era uno de esos hombres altos y curtidos a los que no parecen afectarle las inclemencias del tiempo. Claudia me lo presentó diciéndome que era Eduardo Blanchard, el pintor. Había oído hablar de él y sabía que vivía por esa zona, pero poco más. Yo daba clase de ciencias naturales y en ese tiempo sólo me interesaba por mis animales y mis plantas. Estuvimos hablando un rato y enseguida se despidió de nosotros. Claudia lo había conocido en Comillas a

comienzos de curso. Había sido un pintor muy conocido en la década de los setenta, pero vivía desde hacía años en un caserón aislado del mundo, sin apenas contacto con nadie. Le pregunté si había visto sus cuadros, y me dijo que sí. Están llenos de dolor, añadió. Miraba su cara saturada de claridad, sus ojos grandes, su rostro sereno y grave y, algo molesto por el interés que mostraba por el hombre que acababa de conocer, le dije que estaba harto de esos genios que sólo se ocupaban de las amarguras y las penas de la vida. ¿Acaso no había en el mundo otras cosas? No, no las hay, me contestó Claudia con una sonrisa triste. La vida sólo es una sucesión de suicidios, divorcios, promesas incumplidas, niños malogrados. No sabía si estaba hablando en serio o si lo pensaba de verdad.

Seguimos caminando mientras mi mirada se adentraba en los terrenos tapizados de hierba y en las sombras de los bosques que ascendían desde el fondo del valle. Le dije que tenía que ser duro vivir solo en un lugar como aquel, especialmente durante los inviernos; Caviedes era un pueblo con apenas doscientos habitantes, situado junto a una zona boscosa de gran belleza, pero extremadamente sombría y húmeda. No es tan mala idea, si lo piensas, me contestó Claudia. Es más fácil vivir solo en la oscuridad que arrastrar a otras personas contigo.

Y supe que, a pesar de la diferencia de edad, aquel hombre le atraía.

## 2

Antes he dicho que Claudia era una amiga de entonces, pero no es del todo exacto: estaba secretamente enamorado de ella. Nos habíamos conocido ese curso en el Instituto de Enseñanza Media de San Vicente de la Barquera. Ella acababa de sacar la plaza, y llegó a comienzos de curso. Aún recuerdo su confusión al entrar por primera vez en la sala de estudio. Llevaba en las manos un libro que no dejaba de manosear y se quedó esperando en la puerta como esas adolescentes sensibles que creen que podemos adivinar sus pensamientos sólo con mirarlas. El sol entraba a raudales por las grandes ventanas del patio y ella se volvió para mirarme. Estaba llena de luz, pero había en su cara una zona que la luz no tocaba. ¿De dónde sales, criatura mía?, pensé.

Claudia leía mucho, casi siempre literatura francesa, lengua que conocía a la perfección. Se pasaba casi todo el tiempo en la biblioteca preparando las clases o corrigiendo los exámenes de los chicos. Era una buena compañera y siempre estaba dispuesta a quedarse en el instituto el tiempo que hiciera falta, mas había en ella un poso de tristeza, una amargura

que hacía pensar en algo oculto de lo que no quería o no podía hablar. Algo que llevaba con ella como una herida que no se cerraba. No soy buena persona, me dijo una tarde cuando ya teníamos confianza. Te equivocas, le contesté, en el instituto todos te adoran. Era verdad, y a pesar de su timidez, enseguida se había ganado el cariño de alumnos y compañeros.

Claudia alquiló una casa en las afueras de Travía, una localidad del municipio de Comillas. Era una casa solitaria, en lo alto del acantilado, desde la que se veía la playa de Oyambre con sus dunas y sus prados interminables. Le gustaba pasear por los arenales que circundan la ría. Curso arriba hay una zona de marismas sembrada de árboles muertos, troncos secos de eucaliptos que emergen de las aguas tranquilas. Es el refugio de numerosas especies de aves acuáticas que, a comienzos de otoño, buscan zonas de reposo en su viaje migratorio hacia el sur. Claudia y yo nos internábamos con frecuencia en la zona para observarlas. Enseguida me di cuenta de que era una de esas mujeres que nunca se quedan mucho tiempo en el mismo lugar, que un buen día se van sin decir nada, silenciosamente, como lo hacían aquellas aves al llegar el invierno.

Y, en efecto, sólo permaneció con nosotros hasta que el curso acabó. Es una manera de hablar, pues Claudia apenas se relacionaba con nadie fuera del instituto. Vivía sola y acostumbraba a bajar a Comillas cada semana en su pequeño coche, un Clio de color rojo. Tras hacer las compras, se sentaba en una cafetería llamada Los Castaños situada en un primer piso, sobre la plaza del Corro. Casi siempre con un

libro, junto a los grandes ventanales, mientras en el exterior la lluvia caía sobre la plaza haciendo brillar las piedras.

Tras nuestro encuentro con Blanchard, la invité un sábado a cenar para celebrar mi cumpleaños. Venía vestida con una falda de pana negra y un fular azul, que resaltaba la blancura de su cara. Me contó que, antes de coger el coche, había visto, en uno de los prados cercanos a su casa, un grupo de ovejas en la niebla. Al pasar por su lado, habían levantado la cabeza para mirarla y aquello, no sabía por qué, la había conmovido. Esa mañana había coincidido con unas alumnas paseando por la playa de Oyambre y le habían planteado entre risas una adivinanza. «Algo, no sé qué, / que nace no sé cómo, / y duele no sé por qué.» ¿Sabía yo qué era? Le contesté que no. El amor, me dijo riéndose como una alumna más. Estaba muy guapa esa tarde, como si se hubieran juntado en ella todas esas perfecciones que raras veces se vuelven a juntar. Rebuscó en su bolso y sacó un paquetito, primorosamente envuelto: mi regalo de cumpleaños. Lo abrí disimulando con dificultad la emoción. Era una libreta de pastas azules.

No cesaba de llover y el viento agitaba en la plaza los toldos y las ramas de los castaños, ennegrecidas por la humedad. Las lámparas redondas y blancas del café se reflejaban en los oscuros cristales, y casi invisibles, detrás de esos reflejos, se vislumbraban las fachadas de las casas de enfrente. En la televisión se veía una mujer joven tocando el piano, y Claudia permaneció un rato en silencio escuchándola. Había apoyado los codos sobre la mesa, y su cara reposaba



entre sus manos abiertas, en una postura que repetía con frecuencia. Tenía otros gestos como ese. Toquearse el borde de la falda, inclinar levemente la cabeza sobre su hombro izquierdo, llevarse los dedos al lóbulo de su oreja izquierda para jugar con su pequeño pendiente. Cuando explicaba las lecciones solía poner su mano izquierda hacia atrás, a la altura del hombro, con la palma extendida, lo que divertía a sus alumnos. Me dijo que su exmarido era músico y solía tocar con frecuencia esa misma pieza, el *Rondó en A menor* de Mozart. Y le había bastado con oír sus notas para volver a percibir el débil aroma de los ramos de flores que una mujer vendía en la misma calle donde habían vivido.

No sabía que se había casado y aquella confidencia inesperada me causó dolor. Claudia me tomó de la mano en un gesto maternal, como si quisiera protegerme de sí misma, de sus recuerdos. Me dijo que su marido y ella se habían separado hacía dos años y que desde entonces no habían vuelto a verse. La libreta azul estaba sobre la mesa y ella la tomó y estuvo pasando las hojas. Me contó que en un libro de Patrick Modiano, que había leído esos días, había una libreta como esa. El protagonista iba anotando en ella todo lo que tenía que ver con una misteriosa muchacha que acababa de conocer: cómo iba vestida, dónde se veían, el nombre de los cafés que frecuentaban y de las calles por las que paseaban. En ese libro se decía que las personas que hemos sido en el pasado continúan vivas hasta el final de los tiempos.

¿Y quieres que yo haga lo mismo contigo?, le pregunté. ¿Que hagas qué? Apuntar en esta libreta

todo lo que haces. Se rio con ganas. No, ¡qué horror! Sería la libreta más insulsa del mundo. Permanecimos un rato en silencio y, por salir del paso, le pregunté cómo había conocido a Blanchard. Habían coincidido en la cola de un concierto que daban en la iglesia de Comillas. Estaba justo detrás de ella y al ver el libro que llevaba, una novela en francés, se habían puesto a hablar de Francia y su cultura. En ese momento, no sabía quién era. Tendría unos sesenta años, pero seguía siendo un hombre atractivo, de maneras varoniles y apacibles, uno de esos hombres que gustan a las mujeres sin proponérselo. Luego, al entrar en la iglesia, se separaron. Blanchard se sentó al otro lado del pasillo y ella lo hizo unas filas delante. Durante el concierto le sorprendió mirándola varias veces, pero cuando, al terminar, volvió la cabeza para buscarlo, su silla estaba vacía. Unos días después vio su fotografía en el periódico. Un conocido crítico de arte daba una conferencia sobre la obra de Blanchard en el Ateneo de Santander, y el periodista hablaba de su retiro en Caviedes y del fallecimiento de su mujer a comienzos de otoño. También decía que hacía años que había dejado de pintar. Y supo que el hombre que había conocido en el concierto era Eduardo Blanchard, el pintor.

Volvieron a encontrarse en el pueblo unos días después. Hablaron de la pobre interpretación de los músicos, de aquel clima lluvioso y de la monotonía con que transcurrían los días. Blanchard le dijo dónde vivía y que fuera a verle cuando quisiera. No necesitaba llamarle, apenas salía de casa. Soy el guardián de los montes, le dijo señalando con las manos

la niebla que todo lo cubría. Esa misma semana, en un viaje que hizo a Santander, Claudia buscó en una librería algún libro sobre él. Era familia de María Blanchard, la gran pintora cántabra que participó en los movimientos vanguardistas de principios del siglo xx. Eduardo Blanchard había conocido una época de esplendor en los años sesenta, para luego desaparecer poco a poco. Aun así, su obra estaba en los museos más importantes del país. Sus cuadros, poblados de personajes solitarios en actitudes cotidianas, como el aseo o la lectura, poseían una atmósfera de ensañación y misterio.

Se enteró de que en el museo de Bellas Artes de Santander había dos cuadros suyos y Claudia fue a verlos. En uno de ellos, de grandes proporciones, se veía a un niño haciendo señas a una amiga extremadamente pálida que lo miraba desde una ventana. La ventana estaba al borde de un precipicio y el niño parecía estar bailando sobre un saliente en el borde opuesto. Y Claudia se fijó en que la niña que lo miraba era jorobada. Era un cuadro juvenil, muy influido sin duda por la obra de su tía y la estética del cubismo. Le llamó la atención su título: *Sólo entre almas separadas cabe el amor*. En el otro cuadro, de tamaño más pequeño, se veía una casa con las ventanas iluminadas en la noche. Una casa en un bosque, rodeada de sombras. Del alero del tejado colgaban varios cestos de helechos oscuros como nidos, y un poco a la izquierda había un tendedero de ropa. Más allá estaba el bosque impenetrable. Y asomando entre los troncos negros había una cierva. Una cierva que miraba fijamente las ventanas iluminadas. Te-

nía una herida en su flanco, y la sangre formaba en el suelo un pequeño charco de color rojo.

Luego, ya en casa, hojeando los libros que había comprado, Claudia vio que ese tema, el de la deformidad y el de los cuerpos heridos, se repetía con frecuencia en su obra, aunque tratado siempre de una forma casi imperceptible, hasta el punto de que si no mirabas los cuadros con atención apenas reparabas en las pequeñas anomalías de los cuerpos. Miembros levemente desproporcionados, ojos vagos, cuerpos en posturas extrañas, rostros de facciones hinchadas, pequeñas amputaciones, el trozo de una oreja, la ausencia de un dedo, convivían con naturalidad con la delicia y el misterio de los cuerpos juveniles, como si en el esplendor de aquellas muchachas, pues casi todas eran figuras femeninas, hubiera siempre algo oscuro y doloroso que comprender.

También me contó que, desde su casa, solía ver a lo lejos, a un hombre merodeando por la ría. El inmenso arenal se internaba cerca de cuatro kilómetros hacia el poniente, mudando de aspecto según el capricho de las mareas. Cuando eran altas, el agua anegaba grandes extensiones de terreno; y en bajar quedaban al descubierto arenales y llanuras intermareales por donde deambulaban distintas especies de aves en busca de comida. Una tarde Claudia se dio cuenta de que el misterioso hombre que dejaba su coche junto a El Pájaro Amarillo, el chiringuito de la playa de Oyambre, y se internaba por los arenales y la floresta para iniciar su obsesiva búsqueda no era otro que Blanchard.